

## **PROF. DR. LUIS FELIPE CIEZA RODRÍGUEZ**

**Prof. Emérito Dr. Bernardo Eliseo Manzano.**

Antes de comenzar el tema que hoy nos convoca, deseo expresar mis felicitaciones al presidente de la Sociedad Médica, profesor Domingo Negri y a la Comisión Directiva, por la feliz idea de iniciar las actividades del corriente año con la conmemoración del centenario del nacimiento del profesor Dr. Luis Felipe Cieza Rodríguez, uno de los más elevados exponentes de la clínica platense, y asimismo, ex presidente de esta Casa.

Además, deseo agradecer mi designación para hablar en esta oportunidad de un maestro a quien he conocido profundamente y con quien tengo una deuda permanente de gratitud, por sus enseñanzas y por su estilo de vida, elementos que han signado toda mi existencia.

También, con este acto, pienso que se cumplen dos premisas fundamentales: la obligación de los ciudadanos de nuestra ciudad de recordar las figuras de altos valores morales e intelectuales y, además, en mi caso particular, llevar a la práctica lo expresado en nuestro juramento hipocrático donde dice: "guardarás respeto y gratitud a tus dignos maestros". Por ello evocaremos la existencia de un espíritu superior que con su actuación puede tomarse como un verdadero paradigma en el ejercicio de nuestro apostolado.

Nuestro recordado maestro, por haber alcanzado los 77 años de edad, nos permite afirmar que su ejercicio profesional compendia medio siglo de vida médica platense. Sin embargo, no lo recordaremos solamente como médico, sino que lo evocaremos en diversos aspectos de su existencia.

### **SU PERSONALIDAD**

Cuando en 1941, con mis 21 años, comenzaba a cursar Semiología, lo ví por primera vez. Él contaba entonces 46 años. Había nacido el 19 de enero de 1895 en Rauch, Provincia de Buenos Aires. Termina su bachillerato en el Colegio Nacional de La Plata y se inscribe en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, donde egresa con el título de doctor en medicina en 1922.

Su figura era elegante. De mediana estatura, impecable en su vestir y con una figura perfecta que le daban una apariencia de señorío y distinción. Su frente amplia. Sus sienes plateadas daban marco a una calvicie en cuyas zonas temporales serpenteaban unas arterias bien marcadas, como testimoniando la buena circulación que requería un cerebro tan activo. Su nariz mediana; sus labios bien delineados dejaban traslucir una sonrisa franca y contagiosa. De la facies, lo más llamativo era su mirada. Un ligero agrandamiento de la hendidura palpebral hacía más ostensible la prominencia de unos ojos negros, brillantes y vivaces, que acreditaban su aguda observación. Toda su apariencia denotaba vitalidad, energía, movimiento.

En su trato era cordial, y conquistaba de inmediato la simpatía de su interlocutor. Más bien extravertido, de carácter franco y con un gran sentido del humor. Era agradable escucharlo relatar sus vivencias personales o cualquier acontecimiento. Sus ademanes y sus inflexiones de voz daban tanta relevancia a lo relatado, que los momentos a su lado pasaban rápidamente.

Fue un enamorado de la naturaleza. No en vano había nacido y pasado sus primeros años en los campos de sus mayores en el partido de Rauch. Le agradaba organizar reuniones en la cátedra, y con sus discípulos concurría a algún lugar de campaña, preferentemente a la estancia de su hermano Manuel-destacado cirujano-, cercana a Magdalena. Allí era donde se lo admiraba en el conocimiento de todo lo referente al campo y, precisamente allí, con las personas que más quería, rodeado del afecto de sus alumnos y discípulos, gustando un sabroso asado, alegrado por las canciones y las guitarras de algunos de los concurrentes, nos demostraba, una vez más, que la felicidad residía, justamente en las cosas simples y puras.

Firme de carácter, pero justo en su actuación. No era afecto a los elogios desmedidos; sin embargo, sabía reconocer el valor de los demás. No era proclive a exteriorizar sus sentimientos, aunque todos adivinaban las alegrías y tristezas que lo embargaban. Tuvo un verdadero culto por la amistad, brindándose al amigo con sinceridad y altruismo.

En un momento de su actuación nos mostró, una vez más, su tolerancia, su bondad y su alto sentido de justicia. Cuando en un llamado a concurso para las jefaturas de servicio de nuestro hospital encabezaba la lista por sus amplios méritos, declinó el cargo, a pesar de la insistencia de los médicos jóvenes para que lo aceptara. Su contestación fue ejemplificadota y emocionante: "Yo no tengo el derecho de destruir un ambiente de trabajo que el jefe de servicio organizó durante muchos años". Permitió que éste último continuara en su cargo y él permaneció como jefe de la sala IV – un cargo de menor jerarquía- dando un aleccionador ejemplo de renunciamento.

En su hogar, al lado de su inteligente y querida Okia, hija del inolvidable maestro Víctor Mercante, supo configurar un núcleo familiar que fue lo que más quiso. Brindó a su esposa y a sus hijos un afecto constante. Y en su última etapa, sus nietos lo conquistaron definitivamente.

Tuve el triste privilegio de atenderlo en su postrera enfermedad. En esos momentos, frente a la adversidad, recibí su última lección. Comprobé su íntegra personalidad. Sin una queja, sin un reproche, aceptó el designio de la providencia con resignación y estoicismo, evitando preocupar a sus familiares. Y casi al final de su afección, sólo una vez sus ojos se nublaron por las lágrimas; es que vislumbraba su partida definitiva. Fue un gran señor de la vida y también un gran señor frente a la muerte.

En esta evocación, no puedo dejar de mencionar dos episodios que tocaron las fibras más íntimas de mi sensibilidad. Una tarde el Dr. Cieza llega a mi domicilio portando un voluminoso libro recientemente encuadernado, que me traía de regalo y con la siguiente dedicatoria: "para el profesor Bernardo Manzino, cedo esta reliquia con motivo de su nombramiento como profesor titular de Clínica Médica y de miembro de la Academia Nacional de Medicina". Su firma y la fecha: 4 de octubre de 1970. Se desprendía de la obra que más quería; se trataba de los famosos apuntes de su maestro el profesor Merlo, que lo acompañaron durante toda su vida profesional y a los que consideró como su más preciado tesoro.

El otro episodio se desarrolló en su casa. Poco tiempo después de su fallecimiento me llamó la esposa del Dr. Cieza y me dijo "He decidido que toda la biblioteca médica que perteneció a Luis Felipe pase a sus manos; sé muy bien que usted, que admira los libros clásicos, sabrá valorarlos en toda su significación". Desde ese momento sus libros se mezclaron con los míos y pasaron a ser como manos tutelares que vigilaron toda mi carrera docente.

## **EL SEMIÓLOGO**

Bajo este aspecto, podemos manifestar que nuestro recordado maestro no sólo fue un gran semiólogo; fue, en realidad, la misma semiología. Era tal la amplitud y profundidad de sus conocimientos dirigidos a la detección de las enfermedades, que su actuación compendia todo lo que se utilizaba hasta entonces.

Fue un semiólogo intuitivo, sagaz, metódico y minucioso. La actuación frente al enfermo concitaba la admiración de sus alumnos a medida que transcurría el examen del paciente, y terminaba por subyugar y magnetizar a sus discípulos por la precisión de los datos que obtenía. Es que sus ojos avizores descubrían lo que otros ignoraban; su oído delicado aclaraba lo que otros intuían; y sus manos, perfectas, tocaban lo que otros no palpaban. Si bien, esos sentidos aristocráticos eran los que más utilizaba, no desdeñó el valor de un sentido plebeyo como la olfacción, para diferenciar el penetrante olor de la transpiración de un tuberculoso, o el semejante a paja en descomposición que exhalaba un brucelósico.

Siendo estudiante y aún en mis primeros años de médico, lo hemos visto, remedando a los clínicos franceses, recorrer la sala III llevando en un bolsillo de su delantal el paño clínico y el estetoscopio de madera, que nos transportaba a la época de Laennec; y el otro, un lápiz rojo o azul que utilizaba para los datos de su impecable percusión. En la delimitación de la imagen cardíaca parecía que la extremidad de sus dedos se transformaban en tubos de rayos X, lo que le permitía realizar una percusión tan exacta. Mediante esta técnica semiológica, pudo hacer diagnósticos certeros de derrames pericárdicos, que ahogaban a los pacientes, y que una inmediata intervención quirúrgica pudo salvarlos. Otra de las vísceras por la cual tenía una predilección percutoria fue el bazo. ¡Con qué perfección la realizaba!

Si bien su percusión era perfecta, su palpación fue sorprendente. Tenía tal adiestramiento de su sentido táctil, que percibía elementos pequeños que otros no palpaban.

Su dominio de la semiología era tan profundo que hizo aportes significativos en el examen del enfermo. Así, mediante maniobras semiológicas ideadas por él, pudo diferenciar el dolor de pacientes que se rotulaban de apendiculares crónicos, cuando en realidad se trataba de vesículas descendidas e hipotónicas. Para poder llegar a esa conclusión realizó decenas de estudios clínicos y radiológicos. Con estricta justicia, hoy se conoce ese procedimiento como maniobra de Cieza Rodríguez.

Dentro del examen semiológico le dio un lugar preeminente al interrogatorio. Le gustaba realizarlo personalmente. Cuando algún médico o algún practicante le leía la historia clínica de un caso difícil, al día siguiente, bien temprano como era su costumbre, comenzaba nuevamente el interrogatorio. Su reloj se detenía y el diálogo con el enfermo se prolongaba durante largo tiempo. Sabía lo que buscaba, y asombraba ver con qué sutileza conseguía la respuesta adecuada de pacientes con locuacidad excesiva. Y si el enfermo era de la campaña, tenía asegurada la mejor tarjeta de presentación. Comenzaba preguntándole sobre la hacienda, las cosechas, las tareas rurales, con un interés y conocimiento que los desconcertaba. No en vano había pasado su juventud en el marco esplendoroso de la naturaleza en tierra de sus mayores. Comprendía que ese diálogo era uno de los elementos

fundamentales de nuestra profesión. No sólo para orientar el diagnóstico, sino también con una finalidad terapéutica.

Personalmente pienso que la medicina actual transita por un camino erróneo. Cree que el interrogatorio es un elemento secundario y está esperanzada en los elementos complementarios. Ningún método auxiliar, ni estudios especializados pueden igualarse al interrogatorio profundo y minucioso. Cuando se actúa en otro sentido se pierde la relación médico-enfermo, pilar del ejercicio correcto de nuestra disciplina. Estamos observando que el médico que menos interroga, es el que más análisis y estudios solicita. Y también, que el profesional menos informado, es el que más medicamentos administra. Ambos ignoran que las dulces palabras son más eficaces que los amargos remedios.

En el ejercicio de su profesión no fue ajeno a los adelantos de la medicina. Uno de sus progresos lo constituye el laboratorio, que tanto significó en el diagnóstico de las enfermedades. Lo utilizó con frecuencia y tenía por él una especial predilección. Le agradaba realizar personalmente las reacciones de laboratorio, e incluso los frotis de sangre, de bilis o de orina. Sentía un verdadero placer al ir descubriendo las coloreadas células sanguíneas de una leucemia, los vistosos cristales de colesterol del sedimento biliar, o los pequeños bastoncitos rojos de un esputo donde pululaban bacilos de Koch. Tenía una evidente inclinación hacia el estudio de las ictericias, y su cara denotaba una profunda satisfacción cuando la orina del enfermo, después de agregarle unas gotas de reactivo de Enrich, tomaba una hermosa coloración rojiza, semejante al guindado, según su misma expresión. Los preparados de sangre casi siempre los observaba al microscopio junto a ese ser extraordinario, príncipe de la citología, el Dr. Juan Antonio Pintos.

Pero como clínico sagaz, intuitivo y experimentado, supo colocar al laboratorio en el lugar que le correspondía, como complemento indiscutible de la clínica, pero no esclavo de sus resultados. Nunca instituyó un tratamiento a una cifra de laboratorio, sino a un enfermo que poseía esa modificación. Siendo un gran admirador de la clínica médica neolatina, no podía alejarse de la cabecera del enfermo. Fiel a las escuelas neohipocráticas, realizó la "medicina de la persona" en su totalidad. No permitió que el "ojo clínico" fuera sustituido por el "ojo químico".

Algo semejante ocurrió con el aporte de la radiología. Supo valorarla en su justa medida. Sentía por los estudios radiológicos una particular inclinación. Lo corrobora el hecho de haber instalado un aparato de rayos X en su consultorio particular. Allí pudo realizar muchos estudios y adquirir una experiencia que pocos clínicos poseían. Después de haberlo utilizado durante varios años, tuvo que prescindir de él por una dermatitis generada por radiaciones. El manejo personal de este método complementario le proporcionó solidez a sus conocimientos, sobre todo del sistema digestivo, y supo interpretar muchas

deformaciones y pequeñas alteraciones con tanta competencia como el más experimentado radiólogo.

Como síntesis de su quehacer semiológico, podemos expresar que nuestro maestro fue un semiólogo cabal, que tal vez muy pocos llegaron a igualar, pero que ninguno pudo superar.

## **EL CLÍNICO**

El Dr. Cieza Rodríguez no sólo fue un semiólogo completo sino también un clínico destacado. Su experiencia le había demostrado que lo más importante para llegar a un diagnóstico era seguir un método en el examen clínico.

Se ha definido al método como "el conjunto de procedimientos que debe emplear el espíritu humano en la búsqueda de la demostración de la verdad". En muchas ocasiones, cuando los colegas le llevaban un enfermo en consulta y querían que observara las radiografías del paciente, siempre las apartaba y las dejaba para el final del examen. Nadie podía modificar su manera de actuar. Primero debía interrogar y examinar detenidamente al enfermo, luego vería los elementos complementarios.

Sabía que el médico puede caer en paralogismos, es decir razonamientos falsos sin intención, pero nunca en sofismas, que es una forma capciosa de engañar. Y el ejercicio de su profesión le había enseñado que los paralogismos más frecuentes son por analogía, es decir, por los síntomas iguales o parecidos que presentan muchas enfermedades. Estaba convencido que los podía evitar mediante un examen clínico minucioso. Su experiencia le demostraba que la mayor parte de los errores diagnósticos se cometen por falta de método en la exploración del enfermo. Tenía siempre presente que la semiología de la ciencia y el arte del diagnóstico y en ese sentido fue un artista consumado.

Nuestro gran maestro realizó siempre una medicina basada en los estudios anatómo-clínicos iniciados por Laennec. Experimentaba un verdadero deleite cuando concurría al servicio de anatomía patológica para releer en el cadáver lo que había observado en la clínica. Y cuando el paciente debía ser operado, iba presuroso a la sala de operaciones para certificar o rectificar su diagnóstico. Siempre repetía: "El Clínico debe ir prendido con un alfiler de gancho al guardapolvo del cirujano".

En la construcción diagnóstica, Cieza fue más bien un espíritu analítico; le complacía la perfección, la minuciosidad. Sin embargo, al igual que sus maestros Merlo y Escudero, fue un clínico total. En todo diagnóstico clínico se comienza con el análisis y se termina con la

síntesis. El camino que recorría se iniciaba con un examen semiológico exhaustivo, continuaba con un análisis de los elementos hallados, y concluía con una síntesis que lo llevaría al diagnóstico definitivo. Sin embargo, no terminaba allí su actuación. Siempre le agradaba repetir las palabras que había aprendido de su maestro Finochietto: "Esta es la afección que padece nuestro enfermo, pero ¿Qué más tiene?." Sabias palabras. Ellas encierran el perfecto concepto que se debe tener de la clínica. La Patología Médica estudia una enfermedad cuyas características se aplican a los enfermos, mientras que la Clínica Médica estudia esa afección en un enfermo, con todas sus variantes que su cuerpo le otorga. El clínico completo reconoce que cada paciente es dueño de su propia enfermedad, con características y particularidades que no se ven en ningún otro. La comprensión total del enfermo es privilegio del buen clínico.

Su indiscutida capacidad clínica se puso de manifiesto en diversas oportunidades en las que realizó diagnósticos asombrosos. En la iniciación de los ateneos del Hospital, recibió una estruendosa ovación cuando emitió el diagnóstico de meningitis tuberculosa en una enferma que no había conocido y de la que le habían entregado la historia clínica, los análisis y las radiografías 48 horas antes de su exposición. Ese día el Dr. Cieza recibió en su domicilio un telegrama de felicitación, enviado por los médicos de la sala III, donde le expresaban el orgullo que sentían de tenerlo como jefe. Posteriormente supe que ese testimonio de reconocimiento y afecto, fue uno de los que más apreció y lo acompañó durante toda su vida.

Otro de sus aciertos magistrales fue el de un adolescente que presentaba un abdomen prominente. Lo examinaron varios profesores de clínica médica. Uno opinaba que se trataba de una pericarditis constrictiva; otro, de una forma ascítica de tuberculosis peritoneal, y, finalmente, había quien sostenía que era una hidatidosis peritoneal. El Dr. Cieza estudió detenidamente al enfermo durante varias semanas y, al final, formuló el diagnóstico de hidrofrenosis gigante, que la intervención quirúrgica del destacado cirujano profesor Christmann confirmó, demostrando una pelvis renal que contenía cerca de veinte litros de orina.

Sería muy prolongado relatar sus numerosos aciertos. Sólo podemos decir que su depurada semiología le permitió realizar diagnósticos sorprendentes. En todos ellos demostraba la excelencia de su clínica.

## **EL DOCENTE**

Desde su graduación como doctor en medicina, en 1922, se evidenció su vocación docente. Esta se concretaría en 1926, al ser designado jefe de trabajos prácticos de Semiología y Clínica Propedéutica y Quirúrgica en la Escuela de Ciencias Médicas de La Plata, cátedra a cargo del profesor Lorenzo Galíndez.

En 1931 es nombrado docente libre de la misma asignatura y, tres años después, inicia su enseñanza en la cátedra de Clínica Médica del inolvidable profesor Rodolfo Rossi, donde es designado jefe de trabajos prácticos. Desde 1933 hasta 1940 actúa como jefe de clínica y como profesor libre de Clínica Médica en la cátedra del profesor Nicolás Romano. En 1943 es nombrado profesor titular interino de esa asignatura y, posteriormente, debido a la situación imperante en el país renuncia a su cargo, permaneciendo con sus discípulos en el Hospital Español, donde continuaría su infatigable labor, brindando útiles enseñanzas.

En 1955, siendo el profesor Dr. Manuel M. del Carril interventor en la Facultad de Ciencias Médicas, es nombrado profesor titular interino de Semiología y Clínica Propedéutica, siendo confirmado por concurso dos años después.

Como catedrático debemos reconocer que fue un docente sumamente útil. Enemigo de la retórica, sus clases eran la máxima expresión de la experiencia. No era un profesor afecto a las lecciones magistrales en las que debiera mostrar una elocuencia persuasiva; no, era para la intimidad, para el diálogo socrático en el que un grupo de alumnos salía subyugado por la perfección del examen clínico y la inamovilidad de sus diagnósticos.

Estudiaba en forma exhaustiva y minuciosa a todos los enfermos que presentaba en clase. Se detenía en los datos positivos del interrogatorio y especialmente en los hallazgos semiológicos a los que daba gran jerarquía. De ellos partía para llegar al diagnóstico definitivo. Las enseñanzas que prodigaba en esas clases eran como perlas, cuyo valor perduraría definitivamente. Eran sabios consejos que emanaban de su vasta experiencia y que servirían para dilucidar difíciles diagnósticos. Lo que transmitía era sólido, macizo, inamovible y, por sobre todo, útil. No se entusiasmaba con las últimas teorías o las últimas terapéuticas. Sabía que ellas eran transitorias y pasajeras. Por ello sostenía con ardor y entusiasmo lo definitivamente aceptado como cierto y reconocido como práctico.

Uno de los aspectos que hay que resaltar es lo referido al ojo clínico. Si bien él tuvo un gran ojo clínico, nunca se entusiasmó en su ejercicio. Sostenía que el médico debe hacer diagnósticos fundados en una metodología adecuada y no basarse en una intuición. En el decurso de su profesión, que constituye un rico acervo de observaciones y experiencias, había comprobado que el error es posible cuando no se es escrupuloso y ordenado en el examen del enfermo. A veces, el diagnóstico basado solamente en el ojo clínico se acerca más al deslumbramiento que a la verdad. Puede incluso envanecer al que lo emite, con

riesgo de perder el camino correcto que debiera seguir. Es por ello, que nunca inculcó a sus alumnos o a sus discípulos el diagnóstico rápido por intuición. Estaba convencido que el diagnóstico clínico debe ser elaborado con el manejo perfecto de todos los elementos de estudio, al que debe agregarse paciencia, perseverancia, y hasta una duda prudente y aleccionadora.

En la enseñanza de la medicina no fue dogmático; sabía que sus verdades no eran inconcusas. Ejerció su disciplina alejado totalmente del profesionalismo, esa desviación en el ejercicio de nuestro apostolado que toma la profesión como fuente de lucro y de riqueza. En más de seis lustros que estuve a su lado, nunca le oí hablar de intereses económicos.

Se apartó del científicismo, es decir de todo aquello que manifiestan ciertos profesionales por aparentar ser hombres de ciencia cuando en realidad no lo son. Ellos creen que la cita de una revista extranjera o el comentario del último congreso de medicina les otorga un sello de superioridad o de sabiduría. El sonreía frente a tales situaciones. Sabía que lo aprendido en el decurso de muchos años era lo único perdurable. Reconocía que el edificio diagnóstico se construye sobre cimientos sólidos y con paredes resistentes, no con adornos y accesorios de última moda. Frente al científicismo siempre opuso una depurada semiología y su clínica soberana.

Se consideró siempre un estudiante, imbuido de un inexhaustible entusiasmo por la lectura de los grandes clínicos, en especial de los de la escuela francesa. A su lado, en la sala III, aprendieron varias generaciones de estudiantes el manejo del enfermo, y también se formó una pléyade de discípulos que continuaron sus enseñanzas. Muchos fueron destacados profesores que han dado brillo y jerarquía a nuestra Facultad. Entre ellos recordaremos a los doctores: Vanni, Scenna, Zabudovich, Schaposni, Tau, Acebal, Arias, Barandica, Bartolucci, Bergna, Boccadoro, Bonelli, Carri, Crespi, Cinsminsky, De Falco, Escaray, Ferrara, Fernández Quintela, Flores, Miguel Ángel; García, Gurevich, Milman, Martiarena, Moszemberg, Prado, Reca, Varela, Omar; Vázquez y tantos otros que sería extenso enumerar.

## **EL MAESTRO**

Cuando uno observa la trayectoria docente del Dr. Cieza, inmediatamente lo ubica dentro de los verdaderos maestros de la medicina. Un profesor puede saber su asignatura y dictarla en forma adecuada, pero ello no significa que tenga cualidades de maestro. Para alcanzar tal dignidad, debe poseer ciertas condiciones de la más alta jerarquía.

El verdadero maestro es el que prodiga sus conocimientos sin egoísmo, con entusiasmo, alejado de cualquier objetivo que no sea el de enseñar. Es el que despierta en sus discípulos la llama inextinguible del entusiasmo, la vocación con sanas aspiraciones futuras. Es el que da el ejemplo en el trabajo y el que asume plena responsabilidad de sus actos. El que se alegra del triunfo de sus discípulos y los apoya y ayuda en sus dificultades. Es el que aconseja a sus alumnos como si fuera un padre espiritual, cuyo fin es el beneficio de todos los que lo rodean. Pero, fundamentalmente, es aquel cuya vida se ha transformado en un ejemplo perpetuo de rectitud, moral y tolerancia, encaminando su trayectoria hacia la luz y la verdad. Hemos visto médicos que, al influjo de verdaderos maestros que ellos habían seleccionado por afinidad espiritual, transformaron sus vidas, llevando una existencia más agradable, más útil, más feliz.

Dentro de esas selectas condiciones que requiere el maestro, en una de las que más sobresalió fue en el entusiasmo que inculcaba a sus alumnos. Deseaba que estos actuaran por sí mismos, que vieran, que percutieran, que palparan o auscultaran, que hicieran sondeos o punciones, es decir, todo aquello que hace a la manualidad y al autoconocimiento. Estaba convencido que la enseñanza de la medicina se debe realizar al lado del enfermo, con la participación activa de los estudiantes. Ellos no deben ser meros espectadores. Los conocimientos se fijan cuando la tarea se realiza personalmente. El profesor puede ser el guía, el alumno será el ejecutor. El plan de estudios es de importancia secundaria para el egreso de médicos capacitados. Lo que se necesita son docentes que tengan pasión por la enseñanza, y ésta pueda realizarse en forma práctica con una participación activa de los educandos. Si no se siguen esas normas, cualquier plan está destinado al fracaso.

Por el fervor que puso en la enseñanza, por la pasión que supo despertar en sus alumnos y por su vida ejemplar, el Dr. Cieza Rodríguez configura el paradigma del verdadero maestro.

## **EL MÉDICO DE FAMILIA**

Su ejercicio profesional lo señala como un auténtico médico de familia, que conocía todos sus integrantes con las características que dominaban en cada uno de ellos. Sabía del terreno hereditario y de las afecciones importantes que habían padecido. Era el verdadero confesor, depositario de todas las angustias y de todos los problemas de sus enfermos. Su preocupación por el dolor ajeno, su rectitud, su bondad y su desinterés material, habían hecho de él el médico querido por sus pacientes. Su sola presencia despertaba seguridad, tranquilidad; infundía confianza. Llevaba a cabo en toda su plenitud una medicina humana,

de franca relación con el enfermo. Sabía muy bien del efecto nocivo de la deshumanización de la medicina, contingencia que ocurre cuando el médico se aleja de sus pacientes, cuando el diálogo entre ambos se pierde. Y de los factores más importantes de esa deshumanización, como son el auge desmedido de la técnica, la socialización de la medicina y el trabajo en equipo, en la época que él ejerció, estuvo más en contacto con el primero, es decir, con el avance tecnológico. Sin embargo, debemos reconocer que no desdeñó la utilidad de los últimos avances de la ciencia; los utilizó, pero no permitió que ellos se interpusieran entre el médico y el enfermo. Este último siguió siendo el objeto fundamental de nuestra disciplina.

El, que durante tantos años se tuteó con la muerte, supo comprender el desconsuelo y los temores de sus enfermos. Les aportó la ciencia y el arte de su quehacer médico en diagnósticos certeros, pero no olvidó al hombre. No olvidó esa pobre criatura humana angustiada por su enfermedad. Allí es donde aflora su gran sensibilidad. Con su palabra, con su afecto, con su gran corazón, los alentó, los tranquilizó, y les mantuvo abierta lo que nunca debe cerrarse: la ventana de la esperanza.

#### **SU TRAYECTORIA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA:**

Con respecto a su formación profesional debemos destacar que antes de obtener el título de médico, realizó una intensa actividad como practicante menor y mayor del Hospital Rawson. A partir de 1922, y en años subsiguientes, fue médico de la Asistencia Pública de La Plata, de la Liga Popular contra la Tuberculosis, médico interno del Hospital Melchor Romero, comenzando también su concurrencia como médico agregado a la sala III del Hospital Policlínico de La Plata, llegando a ser jefe de la misma desde 1930 hasta 1954. por la situación imperante en el país renunció a ese cargo, y después de 1955 es reincorporado y se lo nombra jefe de la sala VI del mismo hospital, cargo que desempeña hasta 1966, fecha de su jubilación.

Fue también médico de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y, posteriormente, del Hospital Español de La Plata, lugar donde se formaron algunos discípulos entre los que debemos citar a los doctores Grinfeld, Durand, Busteros, Galimberti, García Centella y Verdala. Así mismo, durante varios años se desempeñó como jefe de Reconocimientos Médicos de la provincia de Buenos Aires.

Su actividad hospitalaria fue notable. Se caracterizó por una preocupación constante por el bienestar del paciente, el trato cordial y el afecto hacia ellos y hacia todos los que

concurrían a su servicio. Debemos destacar el gran respeto por sus colegas. Nunca hizo una discriminación racial, religiosa, social o ideológica. Todos eran médicos que querían aprender a su lado. Y en esa "colmena", como le agradaba designar a su servicio, trabajó incansablemente durante cuarenta y cinco años, respetado y admirado y querido por sus discípulos. Precisamente, en la sala VI desarrolla una etapa trascendente de su actividad. Allí, junto a destacados profesores y docentes, entre los que se contaban los doctores Vanni, Scenna, Calzetta, Alustiza, Manzino, Migliorero, Moszemberg, Boccadoro y De Falco, dicta como titular la asignatura Semiología que, posteriormente, se transformó en Medicina Interna A. Con el correr de los años, a su lado se formó un grupo que podríamos llamar de la nueva generación, integrado por aventajados estudiantes que abrazaron la carrera docente y que en la actualidad son profesores sobresalientes en diversas cátedras de la Facultad. Entre los que permanecieron en Medicina Interna A, debemos citar a los doctores Salvioli, Jorge; Lucina, Giacomantone, Varela, Carlos; Trueba, De Marco, Negri, Gutiérrez, Pennesi, Cosser Rivera, Belloni, Calvo, Giambelluca, Primerano y Reynoso.

En las salas y cátedras de Clínica y Semiología, brindó su confianza y afecto no sólo a los doctores Simpson y Mandrile, jefes de laboratorio, sino también a sus secretarias las señoras de Carracedo y de Ponsa, como asimismo, a sus ayudantes, a los que cariñosamente se los conocía como Domingo, Romano, Ambrosio y Carlitos.

En la actividad científica, su acentuada autocrítica lo hizo reacio a las publicaciones. No padeció de graforragia. Creía que debía publicarse lo que en realidad tuviera valor, aunque no fuera un descubrimiento. Su trabajo de tesis versó sobre "Las formas quirúrgicas de la tuberculosis del intestino delgado". Dentro de sus publicaciones más significativas y que constituyen un real aporte, debemos citar: "Contribución al estudio del escorbuto", "La exploración en ayunas del estómago normal y patológico", "Linfogranulomatosis abdominal", "Taponamiento agudo del corazón" y artículos sobre "Esplenoportografía", en colaboración con el profesor Grinfeld, que fueron los que marcaron un hito importante en nuestro medio.

Escribió los capítulos "Arritmias", "Presión Arterial", y "Examen de las arterias", en el Tratado de Semiología y Clínica Propedéutica" del profesor Lorenzo Galíndez, colaborando también en importantes artículos en las "Lecciones de Clínica Médica" del profesor Nicolás Romano.

Su capacidad y prestigio hicieron que en 1945 fuera designado presidente de la Sociedad Médica de La Plata, corporación de la que había sido tesorero en 1922 y vocal en 1926-27 y 30.

En 1938 fue delegado por la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata al Congreso Nacional de Medicina de Córdoba, y al año siguiente es invitado especial por la Facultad de Medicina de Montevideo a las Jornadas Médicas Rioplatenses.

## **EL RECONOCIMIENTO**

Su inteligencia, su preparación y las bellas cualidades que atesoraba, fueron unánimemente reconocidas en el ambiente médico, por la sociedad y por las instituciones. Como broche de oro, al retirarse de su actividad profesional, en 1969, se le brindó un magnífico homenaje.

Su capacidad para resolver casos difíciles hizo que se lo llamara con frecuencia en consultas médicas, donde aportaba su aguda observación y sus profundos conocimientos.

La sociedad, además de tenerlo como invitado especial en frecuentes reuniones, lo adoptó como médico de cabecera, sabiendo que en él iban a encontrar, además de un profesional conciente, a un verdadero amigo.

Los profesores de la Facultad de Medicina, por su indiscutida preparación y eficiencia, lo eligieron miembro del Consejo Académico, ocupando interinamente el decanato en esa casa de altos estudios, en 1960.

La Sociedad Médica de La Plata, cuya presidencia había ocupado en 1945, lo nombra miembro del Tribunal de Honor en 1962.

El Ministerio de Salud, considerando la prolongada y sobresaliente actuación hospitalaria, lo designa Médico Consultor en Clínica Médica del Hospital Interzonal de Agudos General San Martín de La Plata.

Finalmente, la Universidad local, valorando su brillante trayectoria en beneficio de la enseñanza, lo distingue, en 1970, con el nombramiento de profesor honorario de la Facultad de Ciencias Médicas de nuestra ciudad.

En 1982, al cumplirse diez años de su fallecimiento, ocurrido el 22 de abril de 1972, se le impone su nombre al Ateneo Médico del Hospital Español de La Plata. Asimismo, se descubrieron dos placas de bronce que llevan su nombre: una a la entrada de la sala III, donde se desempeñó durante 24 años, y otra –un año después- en el Salón de Conferencias de Tecnología Educativa de la Facultad de Ciencias Médicas.

Esta semblanza que con afecto he realizado, denota que el hombre a quien rendimos homenaje, ha sido un ser excepcional. No es sólo el semiólogo incomparable, el clínico sobresaliente, el maestro indiscutido. Es también el querido médico de familia que abrazó su profesión como un verdadero apostolado, alejado totalmente de intereses materiales y que brindó a sus familiares, discípulos, colegas, amigos y enfermos su infinita bondad y su moral intachable.